

espacios regionales, con el agregado de que se ha liberado de datos y enumeraciones superfluas y fatigosas. Se ha abandonado la división clásica por continentes, que ya resulta a todas luces arbitraria e inadaptable, por no corresponder a las realidades de los grandes espacios geográficos, que por lo común van más allá de las delimitaciones de orden físico y de las de carácter político. Así, por ejemplo, en el volumen tercero, al estudiar la América del Caribe, se consideran en un mismo espacio regional las Antillas, la América ístmica, junto a Venezuela, Colombia y Guayanas.

La parte correspondiente a la República Argentina se debe a la pluma de nuestro profesor Mariano Zamorano. En apretada síntesis se señalan los caracteres geográficos del país, y algunos de sus problemas fundamentales, como el déficit energético y el desequilibrio regional.

Los capítulos, agrupados por modalidades regionales, son precedidos, por lo general, de un estudio introductorio de sumo interés. Allí se puntualizan las peculiaridades y las interrelaciones de los mayores organismos regionales. Es notable, asimismo, la captación real que se ha podido lograr de los países, fruto de la experiencia de trabajo y de los conocimientos científicos de sus colaboradores. Todo conseguido dentro de un texto excelente, conciso y de denso contenido.

Merecen especial mención los extraordinarios recursos cartográficos, que además de su profusión y acertada intercalación en el texto, tienen la virtud de alcanzar y sintetizar, aplicando las técnicas más modernas, las definiciones geográficas. Las láminas, mapas, cartas y diagramas, invitan a mirar de una forma activa, a ejercer el espíritu de observación y reflexión, tan importante en el quehacer geográfico. Han sido confeccionados por especialistas e instituciones de reconocido mérito. Con el objeto de dar mayor realismo y fuerza expresiva a algunos, se los ha confeccionado en colores y en relieve: son de una claridad y contenido admirables.

Las fotografías en colores, y en blanco y negro —abundan las aéreas— constituyen verdaderos documentos geográficos, gravitan en un texto claro y en una cartografía de estimable valor.

Estamos frente a una obra de positivos méritos, ajustada a los cánones de la geografía moderna. Es una de las geografías universales más formativa, más geográfica y más pedagógica publicada hasta la fecha. Si bien tiende a ser una obra de divulgación, en este sentido única en su género, es de suma utilidad para el especialista, que encuentra en apretada síntesis el conocimiento geográfico de la Tierra.

OSVALDO INCHAUSPE.

William D. Thornbury, *Principios de Geomorfología*, versión castellana dirigida por Alfredo C. Rampa y traducida del inglés por Juan Carlos A. Turner, Buenos Aires, Ed. Kapelusz, 1960, 627 p.

La escasa conciencia geográfica en nuestro país explica acabadamente las deficiencias bibliográficas en materia de Geografía; más aun cuando se trata de Geomorfología. Al respecto, y para refirmar lo dicho, basta con informar que, hasta el momento de aparecer la obra que comentamos, sólo existían dos libros en castellano: la *Geomorfología* de Siegfried Passarge, publicada por la Editorial Labor en el año 1931, traducida del alemán por

J. Gómez de Llarena, y la más reciente *Geomorfología*, del alemán Federico Machatschek, ex profesor de la Universidad Nacional de Tucumán, a cuyo Instituto de Geografía pertenece la edición (año 1956). Además, puede agregarse a nuestra literatura geomorfológica, de este autor y editorial, una *Terminología geomorfológica*, publicada en el año 1951.

Creemos que ha sido un gran acierto de la Editorial Kapelusz la creación de una sección geográfica, dado el interés creciente por la Geografía, no sólo en el extranjero sino también en nuestro país. Además, han dado prioridad, en su programa, al sector del conocimiento de la disciplina en cuestión en el cual tenemos mayor déficit bibliográfico.

Dos escuelas geomorfológicas fundamentales —la americana de Davis y la alemana de Penck— polarizan los estudios en la materia. La obra de Machatschek facilitó, en gran parte, nuestro conocimiento de la escuela alemana; la de Thornbury, fiel a la corriente americana, nos facilitará el conocimiento de ésta y la confrontación con aquélla.

No obstante los méritos apuntados, como obra primera en el sentido indicado, hubiéramos preferido la traducción de un texto como el *Compendio de Geomorfología* de M. Derruau (*Précis de Géomorphologie*, Paris, Masson et Cie., 1958), con una visión más amplia de la problemática geomorfológica, escuelas, tendencias, etc.

Los conocimientos relativos a la historia de la disciplina, que se encuentran dispersos o a pie de página en numerosos libros especializados, han sido presentados por el autor en forma orgánica contribuyendo a esclarecer distintos aspectos de interés general.

En cuanto a las tendencias recientes en Geomorfología, estamos de acuerdo con el autor en que "al menos en los Estados Unidos de América" (p. 13) hay predisposición a considerar a la geomorfología como geología; pero, cabe recordar que en Europa es considerada como disciplina geográfica. Compartimos el criterio europeo y no cabe desarrollar aquí las razones de nuestra forma de ver las cosas; pero, queremos dejar sentada nuestra idea de que el sentido de las partes no puede ser contrario al todo. Más aun cuando el autor reconoce que la geología, partiendo de paisajes actuales, tiene como objeto la explicación del pasado y que la Geomorfología tiene como interés específico el origen de los paisajes actuales. Es evidente, entonces, la mayor afinidad con la Geografía.

Por lo demás, los geomorfólogos hablan ya un lenguaje distinto al de los geólogos, forjado por los geógrafos. De no ser así, no tendría razón el bien recibido empeño de Machatschek y otros para establecer un vocabulario geomorfológico distinto del geológico.

En el *Análisis de los procesos geomorfológicos* el texto es ameno e interesante, especialmente en lo relativo a "remoción en masa o desplazamiento gravitativo del material". Menos vigor tiene el tema de los efectos topográficos de los organismos. Se advierte al final del capítulo correspondiente la inclinación norteamericana a sistematizar, clasificar y reducir todo a fórmulas prácticas y gráficos que no siempre traducen fielmente la realidad.

En el capítulo IV, sobre *La meteorización, los procesos del suelo y la remoción en masa*, nos parece confusa la idea de que "topografía, roca madre y tiempo, son de naturaleza geológica. El clima tal vez sea más geográfico en carácter, pero hasta un punto considerable está influido por los caracteres topográficos" (p. 77). Su idea no ha sido bien desarrollada o hay

un error de enfoque del problema. Más interesante, dentro del mismo capítulo, es su exposición —aunque breve— sobre suelos poligonales (periglaciares).

El argumento de que “ciclo normal” no es denominación apropiada para las formas que proceden de la acción del agua, pues todos los procesos geomórficos son normales, no tienen razón de ser, pues el mismo no se refiere a su carácter normal o anormal sino que alude a su frecuencia, a su predominancia.

Menos interés que los anteriores reviste el capítulo relativo a estructuras falladas, especialmente si se lo confronta con el relativo a morfología normal que es, a nuestro juicio, el mejor desarrollado de todos.

Cabe destacar el enfoque del ciclo árido y el valor ilustrativo de los ejemplos que lo acompañan.

Algunas dudas se plantean en la interpretación del texto y el problema radica en saber, en primer lugar, si se debe al original o a la traducción, no siempre feliz en el empleo de algunos términos, a causa de que en castellano no existe un vocabulario geomorfológico bien forjado al cual recurrir.

Los recursos del geomorfológico para penetrar, describir y comprender la realidad de las formas ocupan un importante capítulo que viene a completar los conocimientos aportados por textos en otros idiomas.

Finalmente, acorde con la nueva tendencia de la Geografía aplicada, nuevo rumbo esencialmente práctico de la disciplina, ha sido incorporado al texto un extenso capítulo sobre *Geomorfología aplicada* de indudable valor.

Convenientemente ilustrado, con láminas adecuadas y gráficos prácticos, el texto resulta útil a todo geógrafo.

En suma, una buena obra que viene a satisfacer parte de nuestras necesidades bibliográficas.

R. G. C.

J. Tricart, M. Rochefort et S. Rimbart, *Initiation aux travaux pratiques de Géographie* (Commentaires de cartes), 2^e edition, Paris, S. E. D. E. S., 1960, 235 p.

Uno de los aspectos más importantes en la formación del profesional de la Geografía es, sin dudas, el relativo al uso correcto de las cartas geográficas. En verdad, en nuestro país, y aun en países más adelantados que el nuestro en la materia, la “interpretación” de cartas ha sido motivo de confusión con la tarea del cartógrafo, retardando sensiblemente la comprensión de la función de los mapas.

Así lo han comprendido los autores de la obra que comentamos y, aunque con el modesto título de *Iniciación a los trabajos prácticos de Geografía*, han realizado una interesante obra de gran valor, no sólo para los estudiantes sino también para los profesionales de más de una disciplina.

Las nociones sobre historia de la cartografía, que siguen a breves notas relativas al objeto del ejercicio práctico en Geografía, facilitan el conocimiento del dinamismo que anima a la disciplina desde sus orígenes hasta nuestros días.